

Creo en los fantasmas

Sergio Mario Primo Trellez



Capítulo 1

Caminamos colina arriba en la oscuridad, las ramas negras me alcanzan como serpientes y dedos, las sombras toman la forma de árboles y arbustos y la muerte.

El saco de bora, mojado y pesado atado a mi espalda, está helado en el viento.

Me duele la espalda baja y puedo sentir la sangre brotar de mi barriga.

La bora me está frenando, pero no sueño con quitármela.

Será necesario más tarde para llevar cabezas como melones, rebotando contra la parte posterior de mis rodillas mientras corro.

Colocamos nuestras posiciones detrás de los árboles sintiéndonos en la oscuridad, escuchando a los animales y emboscadas, escuchando a los insectos sorprendidos, tocando serpientes y ranas mojadas sobre la corteza rugosa como labios agrietados congelados.

Sofía está tosiendo detrás del árbol a mi lado, y puedo escucharla amortiguar sus sonidos de los oídos del camarada Raúl y del enemigo, golpeándose el pecho, tapándose la boca, ahogándose en la fría oscuridad.

Esperamos, inmóviles, silenciosos, en posición, el río rugiendo muy lejos abajo, el sonido elevándose, y estoy pensando que el río cubre los sonidos de Sofía. El enemigo no escuchará.

Después de tanto tiempo, mis piernas entumecidas por la humedad debajo de mí, las linternas se encienden.

Los veo primero en la otra colina, alguien del otro grupo apaga y enciende la luz, parpadea, parpadea, parpadea.

Entonces el camarada Raúl enciende nuestra linterna desde lo alto de un árbol, la luz responde, parpadea, parpadea, parpadea.

Se encienden otras luces.

Cinco linternas se comunican entre sí en dos colinas, a través de un río rugiente y un espacio enorme.

La conversación termina, el camarada Raúl salta como un gato del árbol

en la oscuridad; estamos listos para movernos.

Mis pies corren debajo de mí, rápidos, silenciosos, seguro incluso en la oscuridad, mis pulmones gritan, las ramas se precipitan hacia mí, las hojas me agarran del pelo, el viento me pica en los ojos.

Limpiamos el bosque, la colina.

Escucho a los demás, y las escasas luces del pueblo aumentan de tamaño a este lado del río, puedo ver tiendas cerradas y casas silenciosas cuando entramos, perros callejeros que se despiertan asustados, ladran, gruñen, lloriquean, colas cubriendo pendejos correteando en las colinas.

La gente se despierta en sus casas pero no se mueve, las luces restantes se apagan, los ojos esperan, miran.

Corremos a la comisaría y están listos para nosotros; sus armas se disparan primero.

Hay balas de borrachos en la oscuridad y gritos de los moribundos, pero atravesamos el edificio más grande de siete valles excepto la sala de cine, mi arma salta en staccato en mis brazos, dislocando mi hombro, mi hoz cortando, sintiendo sangre caliente y es casi reconfortante en el frío.

Cubro a los demás, y el camarada Raúl está ordenando todo el tiempo desde el frente. Al salir, veo nuestras estrellas rojas muertas en desorden en la negrura azul, y sigo al camarada que va delante cortando cabezas con su khukuri. Me recuerda a Dashain, cómo mi padre amarraba a la cabra y aclaraba su cabeza en una rápida caída de brazos. El camarada de enfrente sacrifica nuestras estrellas rojas por la victoria, su khukuri cae pesado en la oscuridad. No dejamos que el enemigo disfrute de la muerte de nuestros números, así que los llevamos con nosotros, les quitamos la cabeza porque sus cuerpos son demasiado pesados, les quitamos la cabeza para que nunca nos reconozcan. Somos fantasmas luchando en la negrura azul, y como un viento fuerte, traemos el cambio, levantamos cosas y las dejamos en otro lugar, cambiando las cosas, torciendo direcciones; sin nombre, sin rostro.

Corro río abajo y luego colina arriba, sangre caliente en mis manos, cabezas en la bora rebotando como melones contra la parte posterior de mis rodillas.

Llego a nuestra base detrás de los árboles, mis pies seguros, mis direcciones perfectamente trazadas incluso en la oscuridad.

Hay voces de supervivientes a mi alrededor, subiendo y bajando, llorando,

riendo, susurrando, el río brotando de fondo.

Veo la forma familiar de un cuerpo desplomado contra un árbol y me acerco a Sita. Cuando me acerco, veo el blanco de sus ojos, enrollados hacia arriba y hacia atrás en su rostro oscuro. Sus mejillas están hinchadas y me doy cuenta de que alguien le ha metido un trapo en la boca y se lo ha pegado.

Sus manos están extendidas detrás de su cuerpo, atadas hacia atrás en un abrazo al tronco del árbol.

Estoy tratando de decidir si ella fue demasiado ruidosa o si los hombres perdieron la cabeza, perdieron el control de sus cuerpos, perdieron los sentidos y decidieron desquitarse con ella.

No lo sé.

No cuestionamos aquí.

No sentimos.

Me siento contra un árbol, el bora a mi lado.

Siento mi muñeca, siento el vacío donde había estado el brazalete de cristal rojo.

Pienso en mi hija, siento su peso ligero en mis brazos.

Debe estar durmiendo en este momento, su respiración es lenta y pacífica.

Levanto la pistola de mis hombros y la arrojo a cierta distancia.

Cae con un ruido sordo metálico.

Siento ligereza, mis hombros se relajan, mi respiración se estabiliza.

Escucho un sonido y me doy cuenta de que es mi corazón, latiendo cerca de mi oído, golpe sordo en la oscuridad azul.

Hmmm, creo en los fantasmas.